



CORREO DE EUROPA

Negociar con refugiados

Julio César Herrero

Tras la crisis de los refugiados de 2015, la llegada a la Unión Europea (UE) de personas que huyen de las guerras o que buscan mejorar su situación económica ha sido constante, aunque con una intensidad menor. La fotografía de un niño muerto en la orilla de una playa de Turquía alertó entonces sobre la grave crisis humanitaria que se había desatado en Siria. Esa imagen fue el símbolo de las consecuencias de una guerra y la constatación, también, del fracaso de la UE en la gestión de una de las más graves crisis que ha tenido que afrontar el proyecto europeo. Algunos meses después, ante la vergüenza que había supuesto la incapacidad de previsión y de gestión, la UE acordó que todo inmigrante que llegara a Grecia sería devuelto a Turquía, fuera o no solicitante de asilo. A cambio, Bruselas pagaría seis mil millones de euros a ese país para que se hiciera cargo y ofrecía a los turcos la posibilidad de que pudieran viajar a Europa sin visado. Dicho de otro modo: pagaba a un tercero para que ‘solucionara’ el ‘problema’. Poco importaba si el país que fuera a ‘resolver’ el asunto era seguro o no. Se trataba de que los inmigrantes no estuvieran en territorio comunitario. Y, efectivamente, la cantidad de personas que intentaban llegar a territorio europeo descendió notablemente. Tres millones y medio de refugiados sirios malviven hoy en

Turquía y apenas cuatro mil han sido trasladados a estados de la UE.

A mediados del pasado mes de junio, un barco que había rescatado a 630 inmigrantes frente a las costas de Libia se encontró con la negativa de las autoridades italianas para que desembarcaran en sus puertos. El gobierno de coalición entre el populista Cinco Estrellas y la ultraderechista Liga Norte había hecho de la mano dura con la inmigración uno de sus principales argumentos de campaña. El gobierno español ofreció sus costas para que arribara el barco, ante la situación ya crítica que sufrían sus ocupantes. Las autoridades comunitarias agradecieron el gesto de solidaridad con el que se había puesto de manifiesto, una vez más y casi tres años después, otro fracaso de la UE sobre el mismo asunto. El ministro de interior italiano celebró la decisión como un triunfo y manifestó que su país ya no sería el ‘felpudo’ de Europa.

En la madrugada del 29 de junio, los líderes de los 28 miembros de la Unión Europea alcanzaron un acuerdo en materia de migración. A la salida de una reunión maratónica todos manifestaron su satisfacción con lo conseguido. En principio podría parecer una buena noticia. Pero ¿qué tipo de decisión puede dejar contentos al ultranacionalista primer ministro de Hungría, Viktor Orbán, al canciller austriaco Sebastian Kurz —quien gobierna con la

extrema derecha— al socialista español Pedro Sánchez, a la canciller alemana Angela Merkel —cuyo gobierno depende de la Unión Social Cristiana bávara, que exige un límite para la acogida de refugiados frente a la política de puertas abiertas practicada por la demócrata cristiana—, al premier francés Macron y a los populistas y euroescépticos italianos?

En primer lugar, se aprobó “explorar rápidamente el concepto de las plataformas de desembarco regional”. Es decir, estudiar si es posible la creación de centros de retención o de internamiento, eufemísticamente denominados ‘plataformas de desembarco’. Podrían estar en territorio europeo —aunque ningún socio ha manifestado el menor interés en crearlos y la decisión es voluntaria— o africano —a cambio, claro está, de ayudas económicas de la UE—. Allí serían dirigidos todos los inmigrantes y no al puerto seguro más cercano, como exige la normativa internacional: los económicos serían devueltos a sus países y los refugiados esperarían a que se resolviera el conflicto en su país o bien podrían solicitar asilo en un país europeo. Bruselas considera que, de esa forma, las mafias que trafican con inmigrantes perderán poder, ya que desaparece la expectativa de llegar a la UE.

En segundo lugar, se aprobó que la decisión de acoger en territorio comunitario a los demandantes de asilo dependerá de cada uno de los países y tendrá carácter voluntario. Es decir, si quieren acogen y si no quieren, no. De esta forma, quedan anuladas las cuotas de acogimiento a las que se habían comprometido los diferentes estados y que prácticamente ninguno ha cumplido.

Dicho de otro modo, el acuerdo adoptado por los 28 miembros de la Unión Europea es que cada país haga lo que le apetezca con los refugiados. Es fácil de entender por qué la decisión ha satisfecho a todos. **EP**

Julio César Herrero es profesor universitario y director del Centro de Estudios Superiores de Comunicación y Marketing Político. Es analista en TVE y especialista en argumentación y pensamiento crítico.